

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

**LOS OJOS DE
MI PRINCESA**

DERECHOS RESERVADOS



GRUPO EDITORIAL
DIAMANTE
LIBROS QUE TRANSFORMAN VIDAS

INTRODUCCIÓN

Nota preliminar

En algún momento todo autor que se precia de serlo, toma la decisión definitiva de escribir por el resto de su vida. Por lo común lo hace a solas, en secreto, durante el proceso creativo de un trabajo especial en el que vuelca lo mejor de sí mismo. En mi caso ocurrió mientras escribía la historia de Sheccid. Fue un instante en el que todas mis energías convergieron en el mismo anhelo, como cuando se logra de forma repentina el enfoque de un enorme telescopio.

Puse en este libro demasiado de mí. A la larga, me dio grandes satisfacciones: Juan Rulfo escribió de él con su puño y letra “es un honor para mí avalar la gran calidad de esta obra”, y los jurados del *Premio nacional de la juventud en literatura*, y del *Premio nacional de las mentes creativas*, lo consideraron digno de ganar el primer lugar. Siempre vi, sin embargo, este libro como un trabajo muy íntimo. Por eso cuando tuve que hacerlo público preferí condensarlo, quitarle la esencia personal y darle un enfoque de superación.

La fuerza de Sheccid fue la versión resumida; vendió casi un millón de ejemplares y se convirtió en un libro de lectura sugerida en miles de escuelas secundarias y preparatorias. No obstante, opté por guardar para mi familia y amigos más cercanos el libro original.

Ahora las cosas han cambiado. Me he dado cuenta que haga lo que haga, se mantienen inamovibles tanto la mala actitud de mis colegas escritores cuanto la fidelidad y nobleza de muchos de mis lectores. Eso me permite el privilegio de mostrarme como soy.

Marco temporal

Los ojos de mi princesa, se desarrolla dentro de un tejido ideológico y social único:

Iniciaba el año 1978 en la ciudad de México. Gobernaba José López Portillo y era un tiempo de grandes controversias políticas en el mundo. La guerra fría estaba en su apogeo. El presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter y su homólogo ruso Breznev, acababan de firmar el acuerdo para limitar el uso de armas nucleares. El muro de Berlín permanecía erigido y más vigente que nunca. La gimnasta rumana Nadia Comaneci de 14 años se había convertido en un ídolo de la juventud. Los éxitos del cine eran Rocky, La guerra de las Galaxias y Fiebre de sábado por la noche. John Travolta, causaba gran controversia por lo atrevido de sus movimientos en el baile. La música “disco” se estaba poniendo de moda con la misma velocidad vertiginosa con la que surgieron los pantalones acampanados y las camisas floreadas. Los jóvenes escuchábamos una estación de radio en A.M. llamada “La pantera”. Los televisores tenían una perilla redonda con 13 canales y una «U». No existía ningún caso reconocido de sida en el mundo, el Internet era un tema descabellado de ciencia ficción, y aunque no se habían inventado computadoras, controles remotos, teléfonos celulares, compac discs, vhs, cámaras de video, calculadoras ni relojes digitales, la difusión ilegal de la pornografía y de la droga iniciaban su enorme expansión entre los estudiantes.

Promisión

Los valores e ideas que reflejan los personajes de esta historia, son atemporales —funcionaban antes y funcionarían ahora—; y tanto, quienes vivieron aquella época como los jóvenes de hoy podrán apreciar ideas y retomar principios que enriquecerán su presente de forma significativa.

Gracias, lector amigo por interesarte en leer este trabajo. Después de caminar tanto tiempo por los mismos senderos, me embarga una gran alegría al pensar que es buen momento para disfrutarlo juntos.

Carlos Cuauhtémoc Sánchez

DERECHOS RESERVADOS

1

Lloviznaba.

Las clases en la secundaria habían terminado, y José Carlos caminaba sobre el pavimento mojado con la vista al frente sin inmutarse por la posibilidad de que la lluvia se convirtiera en aguacero.

Sentía miedo, pero también alegría. Su corazón latía de forma diferente. Estaba enamorado por primera vez.

Se preguntaba cómo se acercaría a la joven recién llegada a su colegio, compitiendo con tantos galanes desenvueltos. Él era tímido, introvertido, relegado por sus condiscípulos. ¡Pero soñó varias veces con esa chica! La imaginó y dibujó en su mente con tan obstinada reiteración antes de conocerla que ahora, cuando al fin la había encontrado, no podía permanecer escondido detrás del pupitre viendo cómo los conquistadores naturales iban tras ella.

Sus pensamientos se pusieron en pausa cuando un Datsun rojo se detuvo junto a él.

—¡Hey, amigo! —el conductor abrió el vidrio moviendo la manivela—. ¿Sabes dónde se encuentra la Escuela tecnológica ciento veinticinco?

—Claro —contestó—, de allá vengo. Regrese por esa calle y después...

—Perdón que te interrumpa, pero necesito un guía. ¿Podrías acompañarme? Como un favor especial.

Percibió la alarma de alerta en su cerebro. Respondió casi de inmediato.

—No. Disculpe... lo siento... —echó a caminar tratando de alejarse.

—Hey, ven acá, José Carlos...

Se detuvo. ¿Cómo sabía su nombre?

Giró el cuerpo muy despacio.

Mario, uno de los compañeros más gallardos de su salón, había salido por la puerta trasera del vehículo. El conductor también había bajado del auto y encendía un cigarrillo con gesto de suficiencia.

—¡Ratón de biblioteca! —dijo Mario—, no tengas miedo, sube al coche... El señor es profesor de biología y vende algunos productos para jóvenes. Quiere que lo llevemos a la escuela. Anímate. Acompáñame.

Tragó saliva.

—¿Qué productos?

—Sube, no seas cobarde. Ya te explicaremos.

—Pe... pero tengo algo de prisa. ¿De qué se trata exactamente?

—Es largo de contar —intervino el hombre—; te interesará. Además, al terminar la demostración te daré un premio económico.

A José Carlos no le faltaba dinero, pero tampoco le sobraba. Para conquistar a una chica como la recién llegada a la escuela se necesitaban recursos; por otro lado, Mario era un donjuán, sabía desenvolverse con las mujeres y sería interesante convivir con él para aprender. ¿Qué riesgos había? El vendedor de productos no parecía tener malas intenciones. Cuando se percató de su error de apreciación ya era demasiado tarde.

Un viento helado silbaba en la ranura de la ventanilla haciendo revolotear su ropa. Quiso cerrar el vidrio por completo y movió la manivela, pero ésta dio vueltas sin funcionar.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¿Cómo vas en la escuela?

—Pues... bien... muy bien.

—No me digas que te gusta estudiar.

Le miró a la cara. Conducía demasiado rápido, como si conociese la colonia a la perfección.

—Sí me gusta, ¿por qué lo pregunta?

—Eres hombre... supongo. Aunque te guste estudiar, piensa. Seguramente no te gusta tanto y el trabajo que te voy a proponer es mucho más satisfactorio. Algo que le agradaría a cualquiera.

—¿El trabajo? ¿Cuál trabajo? ¿No es usted profesor de biología? ¿No vende productos? Mire... la escuela es por allí.

—Ah, sí, sí, lo había olvidado, pero no te preocupes, conozco el camino.

Percibió un sudor frío. “¡Estúpido!”, se repitió una y otra vez. Había sido engañado. Giró para ver a Mario, pero éste parecía encontrarse en otro mundo. Hojeaba unas revistas con la boca abierta.

—No te asustes, quiero ser tu amigo —el hombre sonrió y le dirigió una corta mirada; de lejos, su saco y corbata le ayudaban a aparentar seriedad, pero de cerca, había algo anormal y desagradable en su persona; era un poco bizco, tenía el cabello lacio y grasoso—. Confía en mí, no te obligaré a hacer nada que te desagrade.

—Regrésemi a donde me recogió.

—Claro. Si no eres lo suficientemente maduro para el trabajo te regresaré, pero no creo que haya ningún problema; supongo que te gustan las mujeres, ¿o no?

Aceleró; parecía no importarle conducir como loco en plena zona habitacional; José Carlos estaba paralizado. Si sufrían un accidente tal vez podría huir, pero si no... ¿Adónde se dirigían con tanta prisa?

—¿Alguna vez has acariciado a una mujer desnuda? —José Carlos carraspeó y el hombre soltó una carcajada—. Mario, pásame una revista para que la vea tu amigo.

Su compañero escolar obedeció de inmediato.

—Deléitate un poco. Es una ocupación muy, muy agradable... —La portada lo decía todo—. Vamos. Hojéala. No te va a pasar nada por mirarla.

Abrió la publicación con mano temblorosa. Había visto en otras ocasiones algunos desnudos, incluso revistas para adultos que sus compañeros escondían como grandes tesoros, pero jamás algo así... La condición del hombre, degradada hasta el extremo, extendía sus límites en esas fotografías. Lo que estaba mirando iba más allá de la exhibición de desnudos, llegaba a la más grotesca perversidad. Las tocó con las yemas de los dedos; eran auténticas; las personas realmente fueron captadas por la cámara haciendo todo eso...

Había quedado, como su compañero del asiento trasero, hechizado y aletargado.

—Muy bien. Hablemos de negocios. Necesito fotografías de chavos y chavas de tu edad. Como puedes ver en mis materiales artísticos, el acto sexual puede hacerse con una o con varias personas al mismo tiempo. Es muy divertido. También realizamos filmaciones. ¿Nunca has pensado en ser actor? —el auto se internó por una hermosa unidad habitacional, rodeada de parques y juegos infantiles—. ¿Qué les parece esa muchacha?

Mario y José Carlos vieron al frente. Una jovencita vestida con el uniforme de su escuela caminaba por la acera. El auto llegó hasta ella y se detuvo al costado.

—Hola.

La chica se volvió mostrando su rostro afable y pecoso. José Carlos abrió la boca, guardando la respiración.

Durante dos semanas había espiado casi a diario a la hermosa joven de nuevo ingreso. Era elegante, dulce, de carácter firme y tenía una sola amiga. ¡Una sola! ¡La pecosa que estaba a punto de ser abordada por el pornógrafo!

—Qué tal, linda —dijo el tipo—. Necesitamos tu ayuda; nos perdimos; no conocemos estos rumbos y queremos encontrar una escuela secundaria.

—Pues mire, hay una muy cerca.

—No, no. Queremos que nos lleves. Vendemos productos y quizá tú conozcas a alguien que se interese. Si nos acompañas te daré una comisión.

“¿Si nos...?” La pecosa se percató de que había dos personas más en el automóvil.

—¿Por qué no lo llevan ellos?

José Carlos cerró el ejemplar de la revista y accionó la palanca para abrir la portezuela. Se escuchó un golpe seco. El tipo se volvió con la velocidad de una fiera y sonrió, sardónico.

—Sólo se abre por fuera... Tranquilízate o te irá mal.

Las manijas habían sido arregladas para que, quien subiera al coche, quedara atrapado.

—¿Cómo te llamas?

—Ariadne.

—Tú debes de conocer a varias muchachas y ellos no —comentó el tipo jadeando—. Si nos deleitas con tu compañía unos minutos te regresaré hasta aquí y te daré algo de dinero.

—¿Qué productos venden?

El hombre le mostró un ejemplar del material.

Mario había dejado su propio entretenimiento y se había inclinado hacia delante, atento a lo que estaba sucediendo, pero la vergüenza y la sospecha de saberse cerca de su primera experiencia sexual lo hacían esconderse detrás de la cabeza del conductor.

Ariadne se había quedado inmóvil con un gesto de asombro, sin tomar la revista. El hombre la hojeaba frente a ella.

—¿Cómo ves? Es atrayente, ¿verdad?

La joven permanecía callada; aunque estaba asustada, no dejaba de observar las fotografías. El hombre sacó una caja de abajo del asiento y la abrió para mostrar el contenido a la chica.

—Esto es para cuando estés sola... ¿Lo conocías? Funciona de maravilla. Como el verdadero. ¡Vamos, no te avergüences! Tócalo. Siente su textura...

La joven observó el instrumento y luego miró a José Carlos.

—Ya te sentirás con más confianza —aseguró el hombre—. Tenemos muchas otras cosas cautivantes que te relajarán. Ya lo verás.

La chica estaba pasmada. El hombre le hizo preguntas sobre su menstruación, sus sensaciones, sus problemas, y ella respondió con monosílabos y movimientos de cabeza.

—Está bien —asintió al fin denotando un viso de suspicacia—, los acompañaré a la escuela, siempre y cuando me regresen aquí después.

—¿Vives cerca?

—Sí. Por la esquina donde va cruzando aquella muchacha.

—¿Es tu compañera? ¿La conoces? ¡Trae el mismo uniforme que tú!

—Estudia en mi escuela.

—Llámala. ¿Crees que querrá acompañarnos?

José Carlos se quedó congelado. No podía ser verdad. Era demasiada desventura. Se trataba de la estudiante de recién ingreso.

El conductor tocó la bocina del automóvil y sacó el brazo para hacerle señales, invitándola a aproximarse.

—¡Ven! —la llamó y luego comentó en voz baja—: Así se completan las dos parejas.